

PALENQUE ES UN PUEBLO DONDE LOS LOCOS SON AMADOS

Clara Inés Guerrero García
Universidad Javeriana
Bogotá

Una mañana de abril Palenque amaneció conmocionado, las mujeres habían traído la noticia en la noche cuando llegaron de Cartagena. En la ciudad se las acusaba de violar los derechos humanos porque decían que a los locos se les daba un trato inhumano al amarrarlos al cepo.

La noticia se había producido porque el poeta Salgado, personaje reconocido y respetado en Palenque, Cartagena y el mundo intelectual colombiano, había sido visto por algunos guaruma² en el cepo del patio de su casa.

Esta situación compleja y hasta cierto punto inesperada en Palenque, nos obligó a analizarla, estudiarla y dar respuesta a los estudiantes, y para que sirviera de reflexión del equipo de trabajo de etnoeducación.

De las primeras personas que me llamaron la atención en Palenque fue Aquileo, un hombre en los 30 años comenzados, que siempre va bien arreglado, con sus ropas limpias y ordenadas. Habla una retahíla con el mensaje entrelazado en muchas palabras, de apariencia inconexa. Aquileo es un hombre con una locura sosegada y es respetado por los vecinos del pueblo, para que pueda vivir digno y sereno, aunque su cordura esté en entredicho.

Cuando indagué sobre él, me contaron que en su adolescencia había sido un joven muy inteligente y muy estudioso, pero, por culpa de mucho estudiar, había perdido el juicio y con él la razón. Al comienzo de este estado, me contaban, se le

1. Historiadora Universidad Javeriana. Candidata a Doctora en Historia de América, Universidad de Alcalá de Henares. Docente Investigadora de la Universidad Javeriana. Asesora Programa de Etnoeducación de Palenque

2. Extranjeros, en lengua palenquera.

trato de curar como es la costumbre en Palenque con los locos, drogadictos y ladrones por vicio: se les amarra al cepo en la cocina, o en un enramado en el patio. Ahí permanecen el tiempo necesario hasta que la familia y en especial la abuela consideren que ya está curado. En el cepo recibe la comida, duerme, recibe las visitas de los amigos, de los vecinos, de los parientes. Es parte real del ritmo y el movimiento diario de la casa. El primer síntoma de mejoría lo da la subida de peso. La comida a horas y con buena liga³, los cuidados de la abuela, el hálito protector de los suyos, le van sosegando el espíritu, le permiten recuperarse, y al cabo de algún tiempo, unos o varios meses, se le va soltando por la casa, por los alrededores, por el pueblo y queda de nuevo vinculado a la vida en sociedad. Es una manera de tener enfermo en casa, como en las épocas que el médico visitaba a domicilio y el ritmo doméstico se acomodaba a la nueva situación de propiciar la sanación.

La imagen de alguien atado al cepo en Palenque, me llevó a la narración en Cien Años de Soledad de la imagen de José Arcadio Buendía con su destino amarrado a un árbol, porque tuvo la imaginación fértil y el sueño del conocimiento. Ursula decide manejar la locura de su marido, amarrándolo al patio a un árbol y ahí vivió hasta el día de su muerte. Siendo presencia y compañía.

La vida social en Palenque transcurre entre las cocinas, instaladas en los patios, y en los arroyos. El cepo, cuando se necesita, se acomoda en la cocina o en el patio, en un área donde esté comunicado con los habitantes de la casa y del pueblo.

Desde la perspectiva de la mentalidad palenquera, indagamos en la memoria colectiva los estados de locura, como elementos muy significativos para el entendimiento de varias manifestaciones de esa mentalidad. El trato a la locura para la sanación nos llevó a entablar la relación entre el pensamiento filosófico, pedagógico, religioso y los hechos y los actos diarios que van marcando un comportamiento, una manera de ser y existir. La moral aplicada a los valores guía las vidas de cada uno y de todos en códigos que se entrelazan por el sentido común, reforzados por la costumbre.

Con estas herramientas de conocimiento, por fortuna estaba cuando vi por primera vez a un hombre atado a un cepo. Fué muy sorprendente, porque de entrada parecía que estaba sentado conversando con un vaso de chicha en la mano. Había algunas personas en la cocina, y el árbol donde estaba el cepo tenía una enramada con una gran sombra que proyecta en el patio sus hojas amarillas. Yo iba a hacer un mandado como se le dice en Palenque, a las diligencias, me ofrecieron un asiento para recostar en una de las vigas de la cocina y desde esa posición veo que el señor que estaba recostado al árbol conversando con sus amigos debajo de la enramada, tenía una horqueta de madera redonda que sujetaba su pie contra la pata de la silla. Era natural ese hecho para mí insólito, absurdo y violento que traté de mirar con discreción y preguntarle a la amiga con quien había llegado, que por qué estaba atado. Para mi lógica racionalista nutrida de teorías psicológicas y

3. Completa y con buena carne

políticas sobre derechos humanos y lesiones a los seres humanos, ese trato de apariencia inhumana para cualquier observador que desconozca esta práctica curativa y regenerativa de comportamientos, resulta ciertamente desagradable. De todas maneras, estaba tan tranquilo allí hablando, no se le notaba avergonzado o lesionado, por el contrario, es motivo de cuidados y atenciones familiares. La palabra que tal vez recoja esta primera impresión es desconcierto.

Cuántos extremos de opiniones ahí se confrontan. Cuántas teorías se encuentran frente a la imagen de una costumbre que ha garantizado muy buenos resultados y hasta ahora, no se conocen muchachos traumatizados por el uso del cepo para corregirlos. Aquí cabe preguntar, indagar y descifrar las claves de esa costumbre tan arraigada. Nunca más volví a ver a una persona así, pero a veces escucho comentar que fulano ya aumentó de peso, que tal pelado⁴ ya está recuperado, que este otro está tan agresivo que había que controlarlo, calmarlo y estar siempre alerta. En fin, los comentarios que se escuchan sobre este asunto, siempre tienen el sabor de ser una responsabilidad familiar, con unos criterios colectivos frente a un hecho que de alguna manera es de cada uno.

Hay en Palenque un sentimiento de solidaridad frente a la enfermedad, la desgracia, los malos destinos y los destinos irremediables, frente a todas las personas que por encima de todo son seres humanos. Los locos son amados, cuidados y con frecuencia curados o sosegados. El mismo trato y sentimiento se tiene para con los niños. En Palenque, los niños son un bien común, son protegidos y educados por los adultos, no importa si se conoce a la mamá o si es de la vecina, con quien se está disgustado. Los niños son tratados como riqueza, la esperanza y el futuro común.

Aquileo pasó muchos meses durante varios años entre el cepo, la casa y el pueblo, hasta que su abuela decidió que podía ser aceptado en el estado que quedó y Palenque lo asumió al respetarle su derecho a vivir en paz. Ahora, es un compañero inseparable de los estudiantes, maestros y todas las personas que circulamos por escuelas y colegios. Tiene un aire de eterno estudiante.

Es muy raro oír en Palenque acerca de personas que manifiesten una locura continuada durante muchos años, sin lograr aunque sean mejorías que cada vez son más pasajeras. Aquileo, es una excepción: allá, la locura es un estado del alma alterada, que es pasajero y con frecuencia reincidente. Se sabe que con buena alimentación, el amor familiar y el arraigo de sentir la pertenencia, se puede tratar, sosegar, manejar, curar o simplemente aceptar.

El tratamiento a la locura está grabado en la memoria de Palenque en las costumbres y usos de la medicina tradicional. En las relaciones naturales y aceptadas como realidad entre el más acá y el más allá, que se expresa en la presencia de las ánimas en las casas, en los recuerdos, en las referencias de presente vivo cuando se las menciona en las charlas. Son variadas las vertientes de conocimientos, saberes, recetas y fórmulas que han ido tejiendo en el tiempo esa manera de tratar la locura en Palenque. Este comportamiento colectivo que se expresa con

4. Adolescente

claridad y se aplica sin dudar, no es común a otros pueblos que por historia podrían tenerlo, pero que han perdido sus referentes de identidad y en esa medida están indefensos frente a los problemas sociales.

Muchas veces me he preguntado sobre el por qué del cepo, como objeto primitivo que sujeta, que amarra y la respuesta siempre es igual, es útil para controlar a una persona que no está en sus cinco sentidos. Su carácter es curativo, no represivo.

Para cualquier palenquero la vida al aire libre es fundamental, los espacios abiertos, los patios, la calle, el arroyo, la cocina, la terraza, son ejes de sus relaciones sociales, de su vida colectiva. Un cuarto cerrado no es el espacio más propicio para sanar el alma. El encierro no es bueno para personas que han forjado su razón de vivir en su ser libre. Los Palenques se forman como territorios autónomos dentro de la administración colonial. La condición de existir la daba su reconocimiento como libres. Esa era en realidad una manera de aceptar la condición de ser persona, de tener alma, tener derecho a organizarse y vivir como ser humano. Tal vez, en esta característica se puede encontrar esa tendencia del palenquero a habitar y sanarse en espacios abiertos. Son muy contadas las enfermedades que se curan en dormitorios.

Hace un mes largo que vi cuando llegaba el poeta Salgado al finalizar la tarde en Palenque, venía caminando tambaleante y con la mirada perdida. Alguien comentó que a Sebastián con seguridad lo dejó algún bus de Mahates⁵ en la entrada para que llegue a casa a sosegar su estado de alma alterado. Allá, en la casa de su familia está atado al cepo el poeta Salgado, recuperándose, ha aumentado de peso y sus amigos del pueblo tienen el gusto de conversar con él, de tenerlo cerca y participar de su mejoría. Todos saben que sus estados son reincidentes, él sabe que en su casa, en su pueblo, puede sosegar su espíritu, puede volver renovado a su diaria existencia.

Con él he podido constatar de nuevo como en Palenque los locos son amados.

Palenque, Abril de 1993

5. Municipio del Departamento de Bolívar, cercano a Palenque